



MUJERES CÉLEBRES.

STA TERESA DE JESUS.

SANTA TERESA DE JESÚS.

I.

«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastára, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer, de seis ú siete años. Ayudábame no ser en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos; decía, que de que no era libre, no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, sino fui yo,

aunque era la mas querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenia alguna razon porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me habia dado, y cuan mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenia uno casi de mi edad, juntábamnos entrambos á leer vidas de Santos, que era el que yo mas queria, aunque á todos tenia gran amor y ellos á mi; como via los martirios, que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leia haber en el cielo y instábame con este mi hermano á tratar que medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir á donde me mataren por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que habia en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caian, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devocion ver como me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacia limosna como podia, y podia poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacia serlo. Gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de

doce años poco menos: como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida fuime á una imágen de Nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta vírgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tomado á sí. Fatigame ahora ver y pensar en que estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mio! pues parece teneis determinado que me salve, plega á Vuestra Magestad sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto, posada, adonde tan continuo habiades de morar? Fatigame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mia toda la culpa; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no via en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza, que el Señor me habia dado, que segun decian, eran muchas, cuando por ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.»

Al escribir la biografía de aquella muger, tan grande por sus virtudes como por sus talentos, bien quisiéramos en lugar de nuestra desaliñada narracion, transcribir la historia de su vida escrita por la misma santa cuyo original se conserva en el monasterio de San Lorenzo del Escorial, no en la biblioteca sino en el camarín donde se guardan las reliquias, precioso libro en folio regular con doscientas una fojas dobles, todo él escrito de la misma manera de Santa Teresa. Parecia lo mas propio que habiendo redactado su biografía, no le diera cabida en este lugar á otra historia de su vida que á la que dejó aquella célebre escritora, pues como dice el último colector de sus obras, ninguno mejor que el autor mismo puede dar cuenta exacta de sus pensamientos y conatos, mucho mas en materia tan delicada como es la vida interior, la vida del espíritu propio, materia sobre la cual

giran los escritos de Santa Teresa casi en su totalidad. ¿Qué literato se aventuraria á seguirla en esta senda, y sorprender los secretos de su corazón y su existencia, si ella no los hubiera revelado? No teniendo ni aun sombra de sus virtudes, ni comprendiendo apenas el lenguaje de su alma cándida y sublime, ¿cómo pudiéramos los profanos hacer la descripción de su vida espiritual, por nosotros apenas comprendida ¹?

La mucha estension de dicha historia, es la causa que impide la reproduccion en este lugar de la vida de la Santa; pero ya que esto no puede ser, hemos querido empezar su biografía con el capítulo primero de ese precioso libro en que aquella muger sublime consignó, casi puede decirse momento á momento, no solo los acontecimientos de su vida, sino hasta las mas pequeñas tribulaciones de su espíritu, constantemente combatido por la severidad de su conciencia, é incesantemente fatigada con la aspiracion eterna del infinito amor á su Dios.

En ese primer capítulo que hemos copiado se refleja toda la ingenuidad, todo el candor de su alma, toda la elevacion de sus místicos deseos. Se vé en todas sus frases la verdadera vocacion que desde niña la arrastraba á dedicarse enteramente á la vida de la virtud, empezando por pagar justo tributo á la memoria de sus padres, que en aquel entusiasta corazón inculcaron desde muy niña, con el consejo y con el ejemplo, los fecundos principios de moralidad, de caridad y de amor, que tan fecundos frutos habian de producir en la inmortal poetisa y escritora.

Nacida en Avila el día 23 de Marzo de 1515, fueron sus padres Alfonso Sanchez de Cepeda y Beatriz Dávila y Ahumada, uno y otro de linaje esclarecido y sobre todo el de la madre que estaba enlazado con las primeras familias de Castilla ². Despues que en su infancia llevada del amor divino, quiso hasta sufrir el martirio; y cuando

¹ Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira.—Escritos de Santa Teresa añadidos é ilustrados por D. Vicente de la Fuente catedrático de disciplina eclesiástica en la universidad de Madrid.

² Aquel de nuestros lectores que desee conocer la ascendencia de Santa Teresa, puede consultar su árbol genealógico en la obra del padre Traggia titulada *La mujer grande* tomo I.

muerta su madre; solo pensaba en la virtud, la tentadora belleza con que Dios la habia dotado, fué causa de que, inducida por una prima suya, pensara en pasatiempos frívolos, de los cuales en su severidad consigo misma, se reprende como de grandes delitos. Su corazón sensible y su imaginacion exaltada la aficionaron á los libros de caballería á que tambien era inclinada su madre, y «era tan en «estremo lo que en esto me embecía, que si no tenia libro nuevo, «no me parece tenia contento. Comencé á traer galas, y á desear «contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que «eran hartas por ser muy curiosa... Tenia una hermana de mucha «mas edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenia mucha, «no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba «mucho en casa... A esta que digo, me aficioné á tratar. Con ella era «mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de «pasatiempo, que yo queria, y aun me ponía en ellas y daba parte de «sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de «edad de catorce años y creo que mas... no me parece habia dejado á «Dios... ni perdido el temor de Dios aun que le tenia mayor de la «honra: éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por «ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni habia amor de «persona dél, que á esto me hiciese rendir. Ansi tuviera fortaleza en «no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no «perder en lo que me parecia á mi estar la honra del mundo; y no «miraba que la perdía por otras muchas vias.»

Duramente y con la severidad propia de la rectitud de su conciencia trata esta parte de su vida la misma santa en la historia que dejó escrita, virtuoso rigor que no siendo capaces de comprender algunos escritores, especialmente franceses, ha sido causa de que tomando en mal sentido las palabras que le arrancaba su humildad profunda y su rígida conciencia, hayan escrito, equivocando hasta el tiempo, convirtiendo los meses en años, como supone Villefore, que nuestra virtuosa escritora fué durante tres años maestra de galante-